La Hija del Fuego

Juan Alberto Muñoz del Rosario

Tabla de contenidos

La Hija del Fuego

La Hija del Fuego

Capítulo 1 — Dos almas y una que se apaga

Nadie la esperaba. Nadie la quiso. Y sin embargo, ella llegó, con el peso de dos muertes en los huesos y el silencio de una casa que dejó de respirar el día que supo que venía.

Renata llevaba tres meses sin dormir bien. No era el insomnio de siempre, ese que viene y va como la bruma sobre los cañaverales. Era algo más pesado, más oscuro: la sensación de que en su vientre no crecía una vida, sino una deuda. Se tocaba el abdomen a escondidas, cuando Tobal dormía de espaldas, roncando fuerte, y sentía un nudo frío, como si dentro tuviera agua estancada.

—Es una niña —le había dicho la vieja Gregoria, la que sabía de hierbas y de destinos que nadie quería conocer—. Se mueve con fuerza, pero trae sombra.

Renata no preguntó de qué clase. Sabía la respuesta. La sombra no venía de la niña. Venía de ella. Venía de una noche de lluvia, de un error que duró menos de lo que tarda un relámpago en partir el cielo, y que sin embargo había partido su vida en dos.

Antes de esa noche, había orden. Había Tobal, su casa de techo de zinc, sus tierras, el respeto del pueblo. Había la seguridad de que el camino estaba trazado, de que cada paso era predecible, de que el bien y el mal eran líneas claras que nadie cruzaba sin pagar el precio.

Esa noche, las líneas se borraron.

El hombre se llamaba Darío. No era de por aquí. Había llegado con las lluvias, buscando trabajo en los campos, con una sonrisa que parecía no tener peso y unos ojos que miraban como si estuviera viendo algo que nadie más veía. Renata lo miró una vez, y luego otra, y antes de que pudiera decirse a sí misma que parara, ya estaba perdida.

No fue amor. No fue siquiera deseo, no del que se cuenta en los cuentos. Fue algo más parecido a un abismo: la sensación de que durante años había estado respirando bajo el agua, y por fin alguien le había ofrecido aire. Fue un instante. Un momento en el que todo lo que era correcto, todo lo que era debido, se desvaneció como humo entre los dedos.

Y luego, el horror. El silencio que siguió. La certeza, fría y cortante como un cuchillo, de que había destruido todo lo que tenía.

Darío se fue al amanecer. No dijo adiós. No dejó rastro, salvo el recuerdo de su respiración y una semilla que había echado raíces en el lugar más oscuro de su

cuerpo.

Cuando Renata supo que estaba embarazada, quiso morir. Se golpeó el vientre contra las paredes, bebió infusiones que la vieja Gregoria le advirtió que eran peligrosas, rezó a todos los santos que conocía para que le quitaran lo que había hecho. Pero la niña se aferró. Como si supiera que el mundo venía contra ella, y decidiera de antemano no soltarse.

Tobal lo descubrió antes de que se lo dijeran. No hizo falta mucho: una mirada que se demoró demasiado, una respuesta que llegó lenta, el modo en que Renata no podía sostenerle la vista. Una noche, después de la cena, él apartó el plato y dijo, con una voz tan baja que parecía venir del suelo:

—No es mía.

Renata no mintió. No pudo. Bajó la cabeza y lloró, no por perdón, sino porque sabía que no había nada que perdonar. Lo hecho estaba hecho. La línea estaba cruzada.

—Puedo… puedo arreglarlo —susurró—. Hay hierbas. Hay formas. Nadie tiene que saber.

Tobal se levantó. Era un hombre alto, de manos grandes y mirada dura. Nunca había sido cruel con ella, pero tampoco había sido amable. Era justo, decía la gente. Era recto. Y en ese momento, su rectitud se volvió hielo.

—No —dijo—. Que nazca. Que vea la luz. Que sepa lo que hizo su madre. Que cargue con el peso de su propia existencia.

No fue un acto de justicia. Fue un acto de venganza. Y Renata lo aceptó. Porque creía que se lo merecía.

Los meses siguientes fueron una muerte lenta. Tobal no la tocó. No le habló, salvo lo estrictamente necesario. En la mesa, comían en silencio. En la cama, él dormía en el borde, como si el cuerpo de ella contaminara las sábanas. El pueblo empezó a murmurar. Las miradas en la iglesia se demoraban en su vientre creciente. Las mujeres bajaban la voz cuando ella pasaba. Los niños la señalaban, hasta que sus madres los callaban de un manotazo.

Renata aprendió a caminar mirando el suelo. Aprendió que la vergüenza tiene peso, y que con el tiempo, ese peso se convierte en el aire que respiras.

La niña nació una tarde de tormenta, cuando el cielo se rompía en truenos que hacían temblar las ventanas. No lloró al salir. Abrió los ojos, y miró. Y en ese mirar, había algo tan antiguo, tan serio, que la partera dio un paso atrás y se persignó.

—Es fuerte —murmuró la mujer, limpiándola con un trapo—. Demasiado fuerte.

—No la quiero ver —dijo Tobal desde la puerta. No había entrado en la habitación—. Que tenga un nombre cualquiera. Pero no llevará el mío. Y no olvides

de dónde vino.

Renata la tomó en brazos. La niña era pequeña, pero caliente. Sus manitas se cerraron alrededor del dedo de su madre, y por un instante, Renata sintió algo que no era culpa ni miedo. Era algo más parecido a… reconocimiento. Como si la niña la estuviera diciendo: Yo sé por qué estoy aquí. Tú también.

—Alma —susurró Renata, y el nombre cayó entre ellas como una promesa rota —. Te llamarás Alma.

No hubo bautizo. No hubo fiesta. Nadie vino a felicitar. Esa noche, mientras la lluvia golpeaba el techo, Renata miró a su hija y comprendió la verdad más terrible de todas: la niña no era el castigo. Era la consecuencia. Y la consecuencia no sabe de culpas ni de inocencias. Simplemente es.

Fuera, el trueno retumbó tan fuerte que pareció partir la tierra. Y en el silencio que siguió, una voz que nadie oyó murmuró, suave como el fuego que no quema: Aquí estás. Por fin.

Fin del capítulo 1Capítulo 2 — La niña sin dos apellidos

Alma creció como crecen las hierbas malas: sin que nadie las cuide, pisadas una y otra vez, y sin embargo, erguidas. No tuvo cuna de madera, solo una estera de paja en el rincón más oscuro de la cocina. No tuvo ropa nueva: todo lo que vestía eran retazos de vestidos viejos que Renata le cosía de noche, cuando Tobal dormía y nadie veía. Y no tuvo apellido. Eso fue lo primero que aprendió: cuando le preguntaban quién era, ella no podía decir de dónde venía, ni a quién pertenecía. Era simplemente Alma. Alma la desgraciada. Alma la hija del pecado.

Los niños del pueblo no tardaron en enseñárselo. A los cinco años, cuando salía a buscar agua al arroyo, le tiraban piedras y le gritaban que se fuera, que traía mala suerte. —Tu madre es una ramera— le decían, palabras que no entendía del todo, pero que sentía como golpes en el pecho. —Y tú eres hija del diablo— añadían, y se reían, corriendo a esconderse cuando ella los miraba.

Alma no lloraba. Aprendió pronto que las lágrimas no ablandan a nadie; solo hacen que se burlen más. Bajaba la cabeza, recogía sus cántaros, y volvía a casa en silencio, tragándose el dolor hasta convertirlo en una piedra que llevaba dentro del estómago. En casa, el silencio era aún más pesado. Tobal nunca la llamaba por su nombre. Para él, era esa, la carga, lo que sobró. Cuando entraba en una habitación, él salía. Si ella hablaba, él no respondía. Su presencia era un insulto que él soportaba con la boca apretada y los puños cerrados.

Renata estaba atrapada entre los dos, como alguien que camina sobre hielo delgado sin saber cuándo se romperá. A veces, cuando Tobal no miraba, le acariciaba el pelo con mano temblorosa, le daba un trozo de pan escondido, le susurraba —perdóname, hija—, pero nunca la defendía. Nunca le decía a Tobal que parara, nunca le decía al pueblo que dejaran de mirarla. Alma entendió antes de cumplir los seis años que su madre la quería, pero que la vergüenza de ella era más fuerte que su amor.

—No les mires a los ojos— le decía Renata en voz baja, cuando volvía llorando de la fuente—. Bájate la cabeza, que pase la tormenta. Así es la vida: aguantar.

—¿Por qué nos odian, mamá? —preguntó Alma una vez, con la voz todavía temblorosa por los gritos de esa mañana—. ¿Qué hice yo mal?

Renata se quedó callada un largo rato, mirando las manos, como si en ellas estuviera la respuesta. —Nada, hija. No hiciste nada. Pero a veces el mundo castiga lo que no entiende. Y lo que no entiende, lo llama maldad para no tener que pensarlo.

Esa respuesta no la consoló. Era demasiado grande, demasiado fría, y no cambiaba nada. Así que Alma dejó de preguntar. Dejó de esperar que alguien la defendiera, que alguien le dijera que no era lo que decían. Empezó a vestirse con el silencio como con una armadura. Si todos decían que era mala, pues sería mala. Si todos la miraban con asco, ella también se miraría con asco.

Pero había algo más. Algo que empezó a notar cuando estaba sola, cuando el pueblo dormía y la casa quedaba en silencio. Una sensación suave, constante, como si alguien la estuviera observando desde la sombra de los árboles, desde el fondo del pozo, desde el hueco oscuro debajo de la escalera. No tenía miedo, no del todo. Era más bien… la sensación de que no estaba sola. De que había alguien esperándola.

Una tarde, cuando tenía siete años, estaba recogiendo leña en el borde del bosque, lejos de las miradas del pueblo. El sol empezaba a caer, tiñendo todo de naranja y violeta. De pronto, el viento se detuvo. Los pájaros callaron. Y una voz, suave y clara, sonó dentro de su cabeza:

—Ya casi estás lista.

Alma dio un salto, soltando la leña. Miró a todos lados. No había nadie. Solo árboles, y el camino que se perdía entre la niebla.

—¿Quién está ahí? —susurró, con el corazón apretado en la garganta.

Nadie respondió. Pero el aire se sentía distinto, más denso, como si algo la hubiera tocado con un dedo invisible en la frente. Corrió a casa sin mirar atrás, con el corazón golpeándole fuerte contra las costillas, y no le contó a nadie. Sabía, con esa certeza oscura que nace en el vientre antes que en la mente, que si lo decía, confirmarían que estaba loca. Que era el demonio que todos decían.

Esa noche, soñó con un valle lleno de bruma. Y en él, algo que la esperaba. Algo que no tenía cara, pero que la conocía por nombre.

Se despertó sobresaltada, empapada en sudor, con la sensación de que alguien la había llamado al oído. Miró hacia la ventana. La luna estaba baja, pálida como un hueso. Y en el cristal, por un instante, creyó ver dos ojos brillantes que la miraban desde afuera.

Se acurrucó en su rincón, abrazándose las rodillas. No lloró. Ya no lloraba. Pero en ese momento, comprendió que el mundo no era solo el pueblo, ni Tobal, ni las piedras que le tiraban los niños. Había algo más grande, más oscuro, que crecía dentro de ella y fuera de ella. Y que tarde o temprano, vendría por ella.

Fin del capítulo 2Capítulo 3 — El valle de las larvas

Todo empezó un mediodía, cuando el sol caía sobre el pueblo como una losa de plomo. Alma tenía nueve años, y para esa edad ya sabía que el silencio era su mejor escudo. Pero esa vez, ni el silencio la salvó.

Estaba en la fuente, llenando dos cántaros de agua, cuando llegaron los hijos del herrero. Eran tres, mayores que ella, con las manos manchadas de hollín y las lenguas afiladas como cuchillos recién amolados.

—Ahí viene la hija del diablo —dijo el mayor, escupiendo al suelo a sus pies—. ¿Vienes a envenenar el agua, desgraciada?

Alma no respondió. Bajó la cabeza y siguió llenando su cántaro.

—Mírame cuando te hablo —la empujó con fuerza. Alma cayó de espaldas, el agua se derramó sobre su falda raída—. Tu madre es una ramera y tú eres la prueba. No tienes lugar entre nosotros. Ni siquiera deberías existir.

Las palabras cayeron como piedras, y cada una golpeó donde más dolía. Alma sintió que la garganta se le cerraba, que el pecho le ardía, no de fuego, sino de algo frío y amargo. Se levantó sin mirarlos, se sacudió el vestido, y se marchó, dejando el cántaro roto en el suelo. No corrió para que no la vieran llorar, pero en cuanto dobló el camino hacia el bosque, sus piernas empezaron a moverse solas, cada vez más rápido, huyendo de todo: de ellos, del pueblo, de la casa oscura, de la voz que le decía que no debía existir.

Corrió hasta que los pulmones le ardieron y el aire se le acabó. Se detuvo en un claro que no conocía, un lugar donde los árboles cerraban el cielo y la luz llegaba tenue, verde y enfermiza. Y entonces, el mundo se desvaneció.

No fue un sueño. No fue algo que le pasara a la cabeza. Fue como cruzar una cortina de agua fría y encontrar algo más allá.

Estaba de pie en un valle inmenso, cubierto de bruma gris. No había sol, ni cielo, ni hierba. El suelo era blando, oscuro, y se movía levemente. Cuando miró más de cerca, el corazón se le detuvo: todo el suelo estaba cubierto de larvas, miles de ellas, pálidas y ciegas, arrastrándose unas sobre otras sin rumbo, sin propósito, sin saber por qué estaban ahí.

—Bienvenida —dijo una voz. No venía de ningún lado, ni de nadie. Estaba en el aire, fría y suave como la humedad en las paredes—. Al fin llegaste. Te estaba esperando.

Alma dio un paso atrás, sintiendo cómo algo blando se aplastaba bajo su sandalia. —¿Quién eres? —susurró, con la voz temblando.

Una figura se formó entre la bruma. No era alta ni baja, no tenía rostro definido, pero irradiaba una calma que no era paz, sino la ausencia de todo sentimiento. Parecía hecha de la misma niebla del valle.

—Soy lo que eres —dijo la figura, y su tono era amable, casi compasivo, pero con un filo de burla que no se podía ocultar—. Soy la verdad que nadie se atrevió a decirte. Míralas —señaló el suelo de larvas—. Así son todos. Nacen, se arrastran, se comen entre sí, y no saben por qué están aquí. Pero tú… tú eres diferente. Tú sabes que no encajas. Porque no eres de ellos.

—No soy como tú —dijo Alma, aunque dudaba. Algo en esa voz le hacía sentir que leía cada pensamiento suyo.

—¿Ah, no? —la figura se rió suavemente—. Mira dentro de ti, Alma. Diles que no eres mala cuando te gritan. Diles que no sientes rabia cuando te empujan. Tú sientes lo mismo que yo. Ese fuego que llevas dentro no es luz. Es vacío. Eres básica. Eres hueca. Y lo sabes. Nadie te quiere porque no hay nada que querer. Solo hay… esto.

Señaló el valle, la masa infinita de seres que no sabían quiénes eran. Y lo peor no fue lo que dijo. Lo peor fue que Alma lo creyó. Porque era lo que pensaba cada noche, acurrucada en su rincón, escuchando el silencio de la casa. No soy nada. No valgo nada. Si desapareciera, nadie lo notaría.

Las lágrimas le subieron a los ojos, calientes y amargas. —¿Por qué me dices esto?

—Porque quiero que veas la verdad —la voz se suavizó, se volvió casi cariñosa—. No tienes por qué luchar. No tienes por qué intentar ser algo que no eres. Aquí, conmigo, no hay juicios. No hay nombres. No hay vergüenza. Solo hay descanso. Deja de resistir. Ven.

Alma dio un paso hacia ella, sin pensarlo. El cansancio era tan grande… la idea de dejar de luchar, de dejar de ser la culpable, la desgraciada, la hija del pecado… sonaba como la cosa más hermosa del mundo.

—¡Alma!

El grito vino de lejos, muy débil, como desde el otro lado de un muro de agua. La figura se desvaneció de golpe. El valle se deshizo. Las larvas se convirtieron en hojas secas y tierra húmeda.

Alma abrió los ojos y estaba de rodillas en el bosque, con las manos sucias, temblando de frío, aunque el sol del mediodía seguía alto. No sabía cuánto tiempo había pasado. ¿Minutos? ¿Horas? Pero el recuerdo estaba grabado en ella con una claridad que no podía ser sueño: la sensación del suelo que se mueve, la voz que conocía sus pensamientos, la certeza fría de que dentro de ella había un hueco que

nada podría llenar.

Se levantó con dificultad, se miró las manos —estaban limpias, pero sentía aún la sensación de algo blando aplastándose entre sus dedos—, y empezó a caminar de vuelta a casa. No lloraba. No gritaba. Pero algo dentro de ella se había roto, y ya no volvería a ser igual. No era solo que le dijeran que era mala. Era que ella misma había empezado a creerlo.

En el camino de regreso, pasó junto a un viejo mendigo sentado bajo un árbol, con una capa raída y una mirada que parecía ver más allá de las caras. Él no la señaló. No escupió. Solo la miró a los ojos, y por un instante, Alma sintió que él sabía dónde había estado. Que había visto el valle también.

—Cuidado con lo que escuchas —le dijo él, suavemente, cuando ella pasó a su lado—. Las voces más mentirosas suenan más a verdad.

Alma se detuvo, sorprendida. Nadie le hablaba así. Nadie le hablaba de igual a igual. Quiso preguntarle qué quería decir, pero las palabras no salieron. Él le sonrió, triste y amable, y ella siguió su camino, con esas palabras dándole vueltas en la cabeza, mezclándose con las otras, con la voz del valle que todavía le susurraba al oído.

Eres hueca. Ven.

Cuidado con lo que escuchas.

Ambas voces seguían ahí, dentro de ella, peleando por ser la que ella creyera. Y Alma, de nueve años, caminaba entre ambas, sin saber aún que esa elección sería la suya de toda la vida.

Fin del capítulo 3Capítulo 4 — El Viejo del Camino

Los días que siguieron, Alma no pudo dejar de pensar en aquel encuentro. La figura del valle y las palabras del mendigo se entrelazaban en su cabeza, como dos caminos que se bifurcaban y la llamaban en direcciones opuestas. Cada vez que cerraba los ojos, volvía a sentir el suelo blando y vivo bajo sus pies, y la voz suave que le decía que era hueca, que no era nada. Pero al mismo tiempo, recordaba la mirada del viejo, limpia de asco, y esa frase sencilla que le había dicho: Las voces más mentirosas suenan más a verdad.

Pasaron dos semanas hasta que volvió a verlo. Iba Alma por el camino que subía hacia el pueblo, cargando una leña que casi la doblaba por el peso, cuando lo encontró sentado en la misma raíz de siempre, con la capa descolorida y el sombrero caído sobre los ojos. No pidió limosna. No llamó la atención de nadie. Simplemente estaba ahí, como parte del paisaje, como el árbol o la piedra.

Alma se detuvo a unos pasos, sin saber si acercarse o seguir. Nadie le hablaba a esa gente. Nadie se detenía con los mendigos, porque se decía que traían mala suerte, que eran castigados por Dios, que llevarlos cerca era contagiarse de su desgracia. Pero él no era como los demás. No le pedía nada. No la miraba con asco.

—Puedes acercarte —dijo él sin levantar la cabeza, como si hubiera escuchado sus pensamientos—. No muerdo.

Alma avanzó despacio, dejando la leña en el suelo para descansar los brazos. —¿Me estaba esperando?

—Espero a todo el que necesita escuchar algo que no se atreve a decirse —respondió, y al levantar la vista ella vio que sus ojos eran claros, como agua de lluvia, y que no había vejez en ellos, sino cansancio, el cansancio de quien ha visto demasiado—. Siéntate. El camino no se acaba por detenerse un momento.

Ella se sentó en la tierra, lejos, con las rodillas pegadas al pecho. Él sacó de su bolso un pan duro y una mancha de queso, y partió el pan en dos. Le extendió la mitad sin mirarla, sin esperar nada a cambio, sin decir "toma, pobre". Simplemente se lo dio, como se le da a cualquiera que tiene hambre.

Alma lo tomó con manos temblorosas. Nadie le había dado comida así, sin reproches, sin miradas de lástima ni de desprecio. —¿Por qué me da esto? —preguntó, casi en un susurro—. Todos dicen que traigo desgracia. Que soy hija del demonio.

El viejo mordió su pan despacio, masticando con calma, como si estuviera saboreando algo más que harina y agua. —La gente dice muchas cosas para no tener que pensar. Llaman demonio a lo que no entienden. Maldición a lo que no saben cómo curar. Pero el nombre que ellos te ponen no es el que tú llevas dentro. Ese lo eliges tú.

—¿Y si lo que dicen es verdad? —la voz se le quebró—. Encontré un lugar… un valle lleno de bruma y de larvas. Y una voz me dijo que soy hueca. Que no hay nada dentro de mí. A veces yo también lo creo. Cuando Tobal me mira como si fuera basura, cuando los niños me tiran piedras… siento que desaparezco. Que no soy nada.

El viejo la miró entonces, con una intensidad que la hizo bajar la vista. —Esa voz te miente, aunque suene a verdad. Te dice que eres vacía para que no descubras lo que llevas. El fuego quieto no se ve hasta que se enciende. Y el vacío que sientes no es falta de ti: es el espacio que dejaron todos los que se negaron a llenarlo. Tu madre con su silencio, ese hombre con su odio, el pueblo con sus dedos señalando… te han dejado hueca a fuerza de no darte nada. Pero eso no significa que no tengas dentro nada tuyo.

Alma se quedó callada, mordiendo el pan que sabía a algo más que pan. Sabía a respeto, a calma, a la primera cosa buena que le pasaba en toda su vida. —¿Qué debo hacer entonces? —preguntó—. ¿Luchar contra ellos? ¿Vengarme?

El viejo negó con la cabeza, lento y firme. —Cuidado con eso. La venganza es un fuego que quema a quien lo enciende antes que a nadie. Si te conviertes en lo que ellos dicen que eres, entonces sí habrán ganado. Si los odias con la misma fuerza con la que ellos te odian, entonces no eres libre: eres su espejo.

Guardó silencio un rato, mirando hacia el horizonte donde el sol empezaba a esconderse, tejiendo sombras largas entre los árboles. Y entonces dijo la frase que ella tardaría años en comprender del todo, la frase que se le quedaría grabada en el alma como una marca:

—Recuérdalo bien, niña: el que alaba, alaba la grandeza que alcanza. No la que le dieron. No la que le prometieron. La que alcanza.

Alma frunció el ceño, sin entender del todo. —No entiendo. ¿Alabar a quién? ¿A qué grandeza?

—A la tuya —respondió él, suave y seguro—. A la que vas construyendo paso a paso, aunque nadie la vea, aunque nadie la celebre. No necesitas que ellos te digan quién eres. Tú lo decides. Y cuando lo hagas, cuando te alabes a ti misma por lo que eres, no por lo que quisieron que fueras… entonces el fuego que llevas dentro dejará de quemarte y empezará a iluminar.

Se levantó entonces, sacudiéndose la tierra de su ropa, y le sonrió con una tristeza dulce, como quien mira algo hermoso que está a punto de nacer tras mucho sufrir. —Vete. Tu madre se preocupará. Y recuerda: lo que llevas dentro no es un demonio. Es algo que nadie ha dejado crecer todavía. Dale tiempo. Dale espacio. Y no dejes que nadie te diga que no tienes derecho a existir.

Alma se quedó sentada un buen rato después de que él se marchara, con el medio pan todavía en la mano, caliente, como si él hubiera dejado parte de su calor en él. Por primera vez en años, no sintió el peso de la culpa sobre el pecho. No sintió que tuviera que disculparse por estar ahí. Simplemente era. Y eso, descubrió, era suficiente para empezar.

Se levantó, cargó su leña, y siguió el camino a casa. No corrió. No bajó la cabeza. Caminó con la frente alta, mirando los árboles, el cielo, el suelo, como si los viera por primera vez. Y aunque sabía que al llegar a casa el silencio la esperaba, y que Tobal la miraría con odio, y que Renata bajaría la cabeza sin atreverse a defenderla… también sabía que ya no estaba sola. Que había alguien que la veía tal como era, sin juicios, sin miedo. Y que dentro de ella, quieto y esperando, había algo que todavía no conocía, pero que empezaba a crecer.

Fin del capítulo 4Capítulo 5 — La escalera

Pasaron los años, y la niña se convirtió en muchacha, pero el peso en su pecho no se hizo más ligero. Aprendió a vivir con él, igual que se aprende a vivir con una cicatriz: no duele siempre, pero nunca se olvida de que está ahí. Las palabras del Viejo del Camino eran su refugio secreto, las repetía para sí misma cuando el silencio de la casa se hacía demasiado denso, cuando Tobal la miraba como si fuera polvo que ensucia el suelo. Pero la voz del valle no se había ido. A veces, en los momentos de silencio, le susurraba bajito, recordándole lo que ya le había dicho: eres hueca, eres nada, ven y descansa.

Una noche de invierno, cuando el viento aullaba entre las vigas de la casa y la

lluvia golpeaba como puños contra el techo de zinc, Alma se despertó de golpe, con el corazón desbocado. No había soñado nada, y sin embargo, sabía que algo la llamaba. No era un sonido, ni una voz. Era una atracción, como la que siente el agua hacia el fondo. Se levantó sin hacer ruido, se puso una capa sobre el camisón, y salió al exterior sin saber bien hacia dónde iba.

Caminó en la oscuridad, sin tropezar, como si el camino se le revelara bajo los pies. No fue hacia el bosque, ni hacia el pueblo. Bajó hacia la hondonada que nadie frecuentaba, donde la tierra se hundía en sombras eternas. Y ahí, entre la bruma fría que se elevaba del suelo, la encontró: una escalera de piedra gris, que no empezaba en la tierra, sino que surgía de la nada y descendía hacia abajo, perdiéndose en una oscuridad tan densa que parecía sólida. No tenía fin. Cuanto más miraba, más escalones aparecían, bajando y bajando, hasta perderse en un resplandor rojo y oscuro.

Alma dio un paso hacia ella, sin miedo todavía, solo con esa extraña certeza de que era lo que estaba esperando desde siempre. Baja, le dijo una voz que ya conocía, suave y familiar, como si saliera de su propia garganta. No tengas miedo. Aquí abajo nadie te juzga. Aquí nadie te llama desgraciada. Solo ven.

Puso el pie en el primer escalón. La piedra estaba fría, húmeda, pero no resbaladiza. Al hacerlo, sintió un temblor en todo el cuerpo, como si algo dentro de ella despertara. Bajó el segundo, el tercero. Y a cada paso, el aire se volvía más cálido, cargado de un olor a azufre y ceniza, pero también de algo más dulce, más pesado: el olor de lo que nunca muere.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, empezó a verlos. Estaban a los lados de la escalera, invisibles pero presentes, como sombras con forma humana. No eran monstruos con cuernos y colmillos, como le habían contado en las historias de miedo. Eran figuras, casi transparentes, que la miraban con una expresión que no era ira, sino reconocimiento. Una de ellas se acercó, y Alma vio que tenía su rostro. No era otra: era ella, tal como era ahora, pero con los ojos vacíos, sin brillo, sin fuego.

—Por fin volviste —dijo esa otra Alma, y su voz era el eco de la suya—. Te esperábamos. Hace mucho tiempo que te pertenecemos.

—¿Volví? —susurró la verdadera Alma, sintiendo cómo el aire se le escapaba de los pulmones—. ¿He estado aquí antes?

—Siempre estuviste aquí —respondió otra figura, que también era ella, pero más vieja, con la mirada endurecida por el odio—. Cada vez que te callaste, cada vez que bajaste la cabeza, cada vez que te dijeron que no valías nada y lo creíste… bajaste un escalón más. Esto no es un lugar al que vienes una sola vez. Es lo que construyes poco a poco, sin darte cuenta.

Alma miró hacia abajo, hacia el fuego que brillaba al final, lento y quieto, un fuego que no devoraba, sino que conservaba. —¿Qué hay ahí abajo?

—Nosotras —dijo la primera sombra—. Todas las versiones de ti que dejaste

morir. La que se rindió. La que odió a todos. La que aceptó ser la culpable. Cada vez que elegiste el silencio en lugar de la voz, cada vez que elegiste la vergüenza en lugar del orgullo… una de nosotras bajó aquí y esperó. Y ahora, por fin, vienes a unirte a nosotras.

El horror la recorrió entera, pero no fue un miedo que la hiciera huir. Fue un miedo frío, lento, el tipo de miedo que te dice que la verdad que estás escuchando es demasiado cierta. —¿Y si no quiero ser ninguna de ustedes?

Las sombras se rieron suavemente, no con burla, sino con una tristeza infinita. —No tienes que quererlo. Solo tienes que seguir bajando. Nadie resiste el peso de sí misma para siempre. Tarde o temprano, todos vuelven. Mira —señalaron hacia abajo, hacia el fuego quieto—. Ahí abajo está el lugar donde dejas de ser tú para ser solo fuego. No duele. No hay odio, ni culpa, ni nombres. Solo calma. ¿No es eso lo que siempre has querido?

Alma miró hacia el abismo. Y era verdad. La idea de dejar de luchar, de dejar de ser la hija del pecado, de dejar de cargar con todo lo que no era suyo… sonaba como la paz más grande del mundo. El fuego brillaba lento, paciente, como si supiera que no podía resistirse. Dio otro paso hacia abajo, sin pensarlo, sin quererlo, porque era lo más fácil que había encontrado en su vida.

Y entonces, en el borde de su memoria, sonó una voz, vieja y firme, que no era suya: Las voces más mentirosas suenan más a verdad.

Se detuvo en seco. El pie suspendido en el aire, a medio camino entre el escalón y el vacío. —No —susurró, y la palabra salió débil al principio, luego más fuerte—. No es verdad. Si bajo, me convierto en lo que ellos quisieron que fuera. Y eso… eso no es descanso. Es rendirse.

Las sombras se agitaron, perdiendo su calma. —No puedes resistir. Eres débil. Eres hueca. Volverás a bajar. Siempre bajas.

—Puedo elegir no hacerlo —dijo Alma, y al decirlo, sintió algo caliente en el pecho, algo que no era miedo ni odio, sino algo nuevo, que empezaba a crecer—. Esto es una advertencia, ¿verdad? No es lo que será. Es lo que podría ser si sigo el camino que llevo. Me muestran esto para que tenga miedo de mí misma. Pero no voy a dejar que me ganen.

Dio un paso hacia arriba. Luego otro. Las sombras se estiraron hacia ella, como manos que quieren atraparla, pero no podían salir de su sitio. —Volverás — repitieron, como un eco que no se apaga—. Siempre volvemos.

Alma no respondió. Subió escalón tras escalón, sin mirar atrás, con el corazón golpeándole fuerte, no de miedo, sino de algo parecido a la determinación. Cuando puso el pie en el suelo firme, la escalera empezó a desvanecerse detrás de ella, como si nunca hubiera existido. Pero el recuerdo se quedó, grabado a fuego, claro y doloroso: cada paso que dices sin ti, cada rendición pequeña, te acerca más a ese lugar. Y la única forma de no bajar es elegir subir, aunque no sepa hacia dónde va.

Caminó de vuelta a casa bajo la lluvia, empapada, temblando, pero con la cabeza más alta que nunca. Sabía ahora que la lucha no era contra nadie más que contra sí misma. Que el enemigo no estaba abajo, en el fuego. Estaba en la voz que le decía que dejara de luchar. Y esa noche, por primera vez, entendió que el fuego quieto no era algo que la consumiría. Era algo que ella podía aprender a controlar.

Fin del capítulo 5Capítulo 6 — Lo que el fuego no quema

Alma despertó sobresaltada, con el aliento entrecortado y el cuerpo empapado en sudor frío. La habitación estaba en penumbra, el alba apenas teñía de gris la ventana, y todo parecía igual que siempre: la cama estrecha, el suelo de tierra apisonada, el silencio pesado de la casa. Pero cuando se llevó la mano al pecho, soltó un grito ahogado.

Su palma estaba marcada. Una quemadura roja, viva, con la forma exacta del borde de un escalón de piedra. No dolía, no del todo, pero ardía por dentro, como si el calor de aquel fuego lejano se le hubiera quedado pegado a la piel, calándole hasta los huesos. Se miró el brazo, el cuello, las piernas: más marcas, todas del mismo tono, todas idénticas a las que habría dejado el frío contacto de la escalera húmeda. Sin embargo, su ropa no estaba rasgada, no había ceniza, ni rastro de que hubiera estado fuera.

Se levantó despacio, temblando, y se acercó al cántaro de agua. Mojó un trapo y lo puso sobre la marca, pero el frío no hizo nada. El ardor no venía de afuera. Venía de adentro.

—¿Qué haces despierta tan temprano? —la voz de Tobal llegó desde la puerta, cortante como un cuchillo.

Alma se giró rápidamente, escondiendo la mano detrás de la espalda. —Nada. Me desperté.

Él entró en la cocina, con la cara todavía marcada por el sueño y el ceño fruncido, como si la sola presencia de ella le amargara el día. Pero sus ojos se entrecerraron al verla. —¿Qué tienes? —se acercó, y ella dio un paso atrás—. Hueles a humo. A azufre. ¿Estuviste en el bosque? ¿Encendiste fuego sin permiso?

—No —murmuró ella—. No fui a ningún lado.

—Mientes —la agarró del brazo con fuerza, y cuando le dio la vuelta, vio las marcas rojas que le subían por la muñeca. Sus ojos se abrieron de golpe, y la soltó de golpe como si ella quemara de verdad—. ¡Maldición! —escupió la palabra—. Lo sabía. Eres un mal que entró en esta casa. ¡Traes el fuego del infierno encima!

—Son solo marcas —dijo Alma, con la voz temblorosa pero firme—. No sé cómo las tengo. No hice nada.

—¡Claro que hiciste! —gritó él, y su voz resonó por toda la casa—. ¡Estás poseída, igual que tu madre! ¡Llevas el demonio en la piel y lo traes para destruirnos!

Renata entró corriendo desde la habitación, con el vestido desabrochado y los ojos hinchados de sueño. —¿Qué pasa? ¿Por qué gritas?

—¡Mira lo que tiene! —Tobal señaló a Alma como si fuera una fiera—. ¡Quemaduras que no vienen de aquí! ¡Esa cosa que criaste trae desgracia y fuego! ¡Te lo dije desde el día que nació! ¡Es una maldición!

Renata se acercó despacio, con miedo, y le tomó la mano a Alma. Sus dedos estaban fríos, y cuando tocó la marca, la retiró de golpe. —Arde —susurró, con los ojos llenos de lágrimas y de horror—. Arde como brasas.

—No duele, mamá —dijo Alma, desesperada—. No sé de dónde salieron. Soñé… soñé con una escalera. Y cuando desperté, ya estaban ahí.

—¿Soñaste? —Tobal se rio con amargura—. Eso no es sueño. Es el mal que te habita. Desde que llegaste, nada ha sido igual. La cosecha se pudre, el pozo baja, y ahora esto. ¡Eres la desgracia que nos cayó encima! ¡Y no voy a permitir que nos arrastres contigo!

—Tobal, por favor —suplicó Renata—. Es solo una niña. No sabe lo que dice.

—No es una niña. Es una carga. Y si no la echamos, nos destruirá a todos —se acercó a Alma, y ella vio en sus ojos algo más que odio: miedo. Un miedo antiguo, profundo, el miedo de quien cree que está frente a algo que no puede controlar—. Lárgate de mi vista. Y no te acerques a mí. No te acerques a nada que sea mío. A partir de hoy, duermes en el cobertizo. No entras en esta casa hasta que se vaya el fuego que llevas encima.

—¡No! —gritó Renata, pero él la apartó de un empujón.

—¡He dicho que fuera!

Alma no esperó más. Se envolvió la mano con el borde de la falda, escondiendo las marcas, y salió de la cocina sin mirar atrás. No corrió. Caminó despacio, con la cabeza alta, tragándose las lágrimas para que no las vieran. Al cruzar el umbral, escuchó a Tobal decirle a Renata, con voz baja y cruel: “La culpa es tuya. Lo que hiciste nos trajo esto. Y ahora pagamos todos el precio”.

Esa mañana, Alma se instaló en el cobertizo de las herramientas, un espacio estrecho y frío, lleno de polvo y telarañas. No le importó. Al menos ahí nadie la miraba con asco. Al menos ahí podía mirarse las manos sin que nadie señalara y gritara demonio.

Pasaron los días y las marcas no desaparecieron. Se aclararon un poco, pero nunca se fueron del todo, como si su piel hubiera absorbido algo que ya no podía soltar. Alma empezó a pasar más tiempo fuera de casa. Se levantaba antes del amanecer y regresaba cuando ya estaba oscuro, para cruzarse lo menos posible con Tobal. Aprendió a buscar leña, a recoger frutos silvestres, a reconocer cuáles hierbas comestibles y cuáles no —cosas que nadie le enseñó, pero que parecían

despertar en ella como un recuerdo antiguo.

Una tarde, mientras descansaba bajo un roble, miró sus manos a contraluz. Las marcas brillaban débilmente, casi invisibles, pero ella las sentía ahí, siempre. Y pensó en lo que Tobal había dicho: traes el fuego del infierno encima. Pero si era así, ¿por qué no la consumía? ¿Por qué no le quemaba por dentro?

Se tocó el pecho, justo sobre el corazón. El calor estaba ahí, quieto, constante, como un rescoldo que nadie ha apagado del todo. Y por primera vez, no sintió miedo. Sintió curiosidad. Si el fuego no la destruía, quizás… quizás no era para destruirla. Quizás era para otra cosa.

Esa noche, cuando el pueblo dormía y el viento soplaba suave entre los árboles, Alma comprendió algo que cambiaría todo: lo que el fuego quema se convierte en ceniza. Pero lo que el fuego no quema… se vuelve más fuerte. Se vuelve acero. Se vuelve luz.

Las marcas no eran una maldición. Eran una señal. No de lo que llevaba dentro, sino de lo que había sobrevivido. Y eso, pensó, mirando las estrellas a través de las rendijas del cobertizo, era algo que Tobal y el pueblo nunca entenderían. Tenían miedo de su fuego porque ellos mismos nunca habían tenido calor en sus propias vidas.

Fin del capítulo 6Capítulo 7 — El ángel y el demonio del bosque

El bosque, que para otros era solo sombra y peligro, para Alma se había convertido en refugio. Ahí nadie la señalaba, nadie le gritaba que era una maldición, nadie la miraba como si su presencia contaminara el aire. Los árboles no juzgaban. El viento no le preguntaba de dónde venía ni quién era su padre. Ahí, entre la espesura, ella simplemente existía, y eso era suficiente.

Una tarde de finales de primavera, cuando el sol se filtraba entre las hojas en manchas doradas y el aire olía a tierra mojada y flores silvestres, caminaba recogiendo ramas secas para el fuego del cobertizo. Iba absorta en sus pensamientos, repasando las palabras del Viejo del Camino, cuando un sonido la detuvo en seco: no era el canto de un pájaro ni el crujido de una rama pisada. Era el choque de metales, un golpe seco, y luego un gemido ahogado, lleno de dolor y rabia.

Alma se agazapó tras un tronco viejo, con el corazón apretado en la garganta. No debía acercarse. No era su problema. Podía dar media vuelta, marcharse, y nadie sabría que había visto nada. Pero las palabras del Viejo volvieron a su mente, claras y pesadas: Ignorar el dolor ajeno también es una forma de convertirse en lo que temes.

Avanzó despacio, arrastrándose entre la maleza, hasta llegar a un claro donde los árboles se abrían al cielo. Y lo que vio la dejó sin aliento.

En el centro del claro, dos figuras luchaban. No eran hombres, ni bestias. Eran algo más, algo que no pertenecía por completo a este mundo. A la izquierda, un ser

de belleza dolorosa, con alas enormes, blancas como la nieve pero manchadas de barro y sangre, rotas en los bordes. Su ropa era de una tela que brillaba tenuemente, y su piel tenía un resplandor suave, como si llevara su propia luz dentro. Se movía con elegancia, pero cada movimiento le costaba: estaba herido, sangraba de un corte profundo en el costado, y su respiración era agitada, entrecortada.

Frente a él, una figura alta y oscura, con cuernos curvos y alas de murciélago plegadas a la espalda, sostenía una espada negra que parecía absorber la luz del sol. Se reía, un sonido grave y burlón, mientras lo acorralaba contra un árbol.

—Ya no tienes a quién rezar, caído —dijo el ser oscuro, dando un paso hacia él—. Nadie te va a salvar. Te atreviste a querer más de lo que te estaba permitido, y ahora pagas el precio. Igual que todos los que olvidan su lugar.

El herido alzó la cabeza, y Alma vio que sus ojos eran del color del cielo antes de la tormenta, claros y terribles. —No pedí más —respondió, con voz firme aunque débil—. Pedí lo que era justo. Pedí entender. Y si eso es caer, entonces caeré mil veces antes que callarme.

—Orgullo —escupió el demonio—. Ese fue tu pecado. Y será tu final.

Alma se llevó una mano a la boca para no gritar. Sabía que debía intervenir. Sabía que no podía quedarse mirando cómo lo mataban. Pero el miedo la paralizaba. Eran seres poderosos, mucho más que ella. ¿Qué podía hacer una muchacha sin nombre, sin fuerza, sin nada? Si se mostraba, moriría también. No era su guerra. No era su problema.

El demonio alzó la espada. —Adiós, Ferrán. Que el olvido te sea leve.

En ese instante, Alma dio un paso adelante, pero no para atacar. Gritó, con toda la fuerza que tenía en los pulmones: —¡Déjalo!

El demonio se giró bruscamente hacia ella, sorprendido, y la espada le resbaló de las manos por un instante. —¿Quién eres tú para interrumpirnos? —bramó, con la voz como truenos en la montaña.

Alma se quedó inmóvil, con las manos temblando a los costados. —No soy nadie. Pero no puedes matarlo así.

El ser llamado Ferrán aprovechó esa fracción de segundo de distracción, se impulsó con las alas rotas y golpeó al demonio en el pecho con el puño cerrado. El ser oscuro retrocedió, rugiendo de rabia, y antes de que pudiera reaccionar, Ferrán tomó su propia espada —que había caído a unos pasos— y se la clavó en el suelo entre ambos, como una barrera. Una luz blanca y cegadora estalló, y cuando Alma pudo abrir los ojos, el demonio se había desvanecido, dejando solo un rastro de humo negro que se disolvía en el aire.

El claro quedó en silencio. Solo se escuchaba el viento entre las hojas y la respiración pesada de Ferrán. Él se tambaleó, cayendo de rodillas, y las alas

enormes se plegaron sobre él como un manto roto.

Alma se acercó despacio, con el corazón todavía desbocado. Quería preguntarle si estaba bien, quién era, qué había hecho para que lo castigaran así. Pero antes de que pudiera hablar, él levantó la vista, y sus ojos la atravesaron como si estuviera leyendo cada secreto que ella guardaba dentro.

—Te quedaste mirando —dijo él, con voz suave pero firme, sin rastro de agradecimiento, solo de observación—. Durante casi todo el tiempo. No viniste a ayudarme hasta que ya no había casi esperanza.

Alma sintió que la acusación era justa y la quemaba más que las marcas de su piel. —Tenía miedo —confesó, bajando la cabeza—. Pensé que si intervenía, moriría también. Pensé que no era mi problema.

—Y lo era —respondió él, con una tristeza profunda—. No mi pelea, no. Pero la elección de dejar que alguien caiga sin tenderle la mano… esa siempre será tu problema. Si te acostumbras a mirar hacia otro lado cuando el dolor llega, poco a poco dejas de sentir el tuyo propio. Y entonces te conviertes en lo que ves.

Se apoyó contra el tronco de un árbol, apretándose la herida del costado para detener el flujo de sangre. —No te culpo. Pocos se atreven a elegir el bien cuando no hay nadie que los premie. Pero recuérdalo: la indiferencia es una jaula que te cierra por fuera, pero la construyes tú desde adentro.

Alma se sentó en la tierra, a cierta distancia, sin atreverse a más. —¿Por qué te atacaba? ¿Qué hiciste?

Ferrán cerró los ojos un instante, como si le costara recordar. —Pregunté. Cuestioné. Dije que todos merecíamos elegir, no solo unos pocos. Y eso, me dijeron, fue querer ser más grande de lo que me correspondía. Caí no por el mal, sino por atreverme a pensar. Y ahora camino por aquí, entre la luz y la sombra, sin pertenecer a ninguno de los dos lados. Igual que tú.

Esa última frase la golpeó más fuerte que cualquier grito. Igual que tú. Nadie le había dicho algo tan cierto. Nadie la había visto tan claro.

—¿Cómo sabes cómo soy? —susurró ella.

—Porque te conozco —respondió él, abriendo los ojos de nuevo, y en ellos había un reconocimiento profundo—. Veo el fuego que llevas dentro, aunque tú no sepas encenderlo. Veo que te han dicho tantas veces que eres mala, que casi lo crees. Y veo que estás empezando a darte cuenta de que eso no es verdad. —Hizo una pausa, y una sonrisa leve, triste y hermosa, le cruzó el rostro—. Nos volveremos a ver, Alma. El camino de los caídos que se niegan a rendirse siempre se cruza. Y cuando lo haga, espero que ya no tengas miedo de elegir.

Antes de que ella pudiera preguntarle qué quería decir, cómo sabía su nombre, o de dónde la conocía, él se puso de pie con dificultad, se envolvió en su capa, y se adentró en la espesura, dejándola sola en el claro. Su figura se desvaneció entre

los árboles como si nunca hubiera estado ahí, y solo quedó el olor a sangre y lluvia, y la certeza fría y clara de que nada volvería a ser igual.

Alma se quedó sentada largo rato, mirando el lugar donde él había desaparecido. Las palabras de Ferrán resonaban en su cabeza, mezclándose con las del Viejo del Camino y con la voz del valle. La indiferencia es una jaula. No eres hueca, te hicieron hueca. Las voces más mentirosas suenan más a verdad.

Se levantó, recogió su leña, y emprendió el camino de regreso al cobertizo. Ya no caminaba con la cabeza baja. Ya no caminaba esperando que el mundo la atacara. Caminaba pensando, decidiendo, eligiendo. Y aunque no sabía aún hacia dónde iba, sabía una cosa con certeza: desde ese día, ya no podría decir que los problemas de los demás no eran los suyos. Porque si el dolor era de todos, también lo era la fuerza para cambiarlo.

Fin del capítulo 7Capítulo 8 — La moneda y el pan

El otoño llegó con vientos fríos y lluvias que no cesaban. El cobertizo se volvió húmedo, la paja se pudría, y Alma pasaba las noches abrazándose para entrar en calor, soñando con fuego que no quemaba, con un lugar seco donde nadie la llamara maldición. Pero lo peor no era el frío, ni la humedad, ni el hambre. Lo peor era el silencio. Ese silencio que se instala en el pecho cuando pasan los días y nadie te habla, nadie te pregunta si estás viva, nadie te mira a los ojos.

Había cumplido diecisiete años, y su vida se había reducido a un ritmo monótono: salir antes del amanecer, buscar leña y frutos, caminar por el bosque hasta que oscurecía, volver al cobertizo, dormir poco y soñar mucho. Renata le dejaba comida escondida tras la puerta de la cocina —un trozo de pan, unas habichuelas, a veces un huevo—, pero nunca se veían. Tobal ni siquiera mencionaba su nombre. Para él, Alma ya no existía. Era como una sombra que rondaba los alrededores de la casa, algo que se toleraba pero que no se reconocía.

Esa tarde, el cielo estaba gris, pesado, como si fuera a aplastar el pueblo. Alma caminaba por el camino principal, con una bolsa de tela vacía, buscando algo que comer. Tenía en el bolsillo una sola moneda de cobre, vieja y gastada. La había encontrado en el suelo de la iglesia, cuando nadie miraba. No era suya, pero la tomó, pensando que tal vez podría comprar un poco de pan. Entró en la panadería, y el panadero, un hombre gordo de manos harinosas, la miró de arriba abajo con desdén.

—No se te da crédito, desgraciada —le dijo, sin dejar de amasar.

—Tengo moneda —respondió ella, sacándola con cuidado, como si fuera de oro.

Él la tomó, la mordió con los dientes para comprobar que era real, y le entregó un pan duro, pequeño y oscuro. —Y no vuelvas hasta que tengas de verdad. No me gusta que estés aquí. Ensucias el local.

Alma salió con el pan apretado contra el pecho, como si fuera un tesoro. Era su única posesión de valor. Su única comida segura del día. Se apartó del camino, se

sentó bajo el alero de una casa vacía, y estaba a punto de morderlo, cuando escuchó un sollozo.

Provenía de detrás de un montón de leña. Se acercó despacio, y vio a una mujer vieja, envuelta en harapos, con los pies descalzos y heridos por el frío. Estaba encogida, temblando, con la cabeza hundida entre las rodillas. No era de por aquí. Nadie la conocía.

—¿Señora? —susurró Alma. La mujer levantó la vista, y sus ojos eran cansados, vacíos, como si hubiera estado caminando toda la vida sin llegar a ningún lado.

—Perdón —murmuró la mujer—. No te estorbo. Solo… tengo frío. Y hambre. Llevo dos días sin comer.

Alma apretó el pan contra su pecho. El hambre que sentía era real, punzante, un vacío que le mordía por dentro. Si se lo daba, ella no comería hoy. Tal vez tampoco mañana. Y la moneda ya se había gastado. No tenía más.

—Yo… —empezó a decir, y se calló. Pensó en Tobal, en el pueblo, en todos los que le decían que era una carga, que no tenía nada que dar porque ella misma no era nada. Pensó en la voz del valle que le susurraba eres hueca, no tienes nada para ofrecer.

Miró el pan. Miró a la mujer. Y entonces, recordó al Viejo del Camino, partiendo el pan en dos, sin dudar, sin esperar nada a cambio. El que alaba, alaba la grandeza que alcanza.

Sin decir una palabra, Alma partió el pan por la mitad. Una parte era más grande que la otra. Se la entregó a la mujer. —Toma. No es mucho, pero quita el hambre.

La mujer la miró con sorpresa, como si nadie le hubiera dado nada en años sin pedirle algo a cambio. —¿Y tú? ¿Te quedas con poco?

—Ya comí —mintió Alma, con una sonrisa que le costó, pero que salió sincera—. No tengo mucha hambre.

La mujer tomó el pan, lo mordió despacio, con reverencia, como si fuera maná del cielo. —Que Dios te bendiga, niña —dijo, con la voz quebrada—. No hay mucha bondad en el mundo. Menos aún con los que no tienen nada que dar.

Alma se alejó, con su media porción de pan en la mano, y una sensación extraña en el pecho. No era la satisfacción de haber hecho el bien. Era algo más profundo, más cálido. Era la certeza de que, a pesar de todo lo que le habían dicho, a pesar de que la llamaron vacía, ella tenía algo para dar. No era dinero, ni estatus, ni apellido. Era algo más grande: la capacidad de compartir aunque te falte. La capacidad de ser buena aunque el mundo no fue bueno contigo.

Caminó de vuelta al bosque, mordiendo su medio pan, saboreándolo más que cualquier banquete. Y mientras caminaba, comprendió algo que cambiaría todo:

esa decisión no era pequeña. Era la primera vez que actuaba sin que nadie se lo impusiera, sin culpa, sin miedo, sin esperar que nadie se lo agradeciera. Era libre. Por primera vez en su vida, era verdaderamente libre. Nadie le había dicho que lo hiciera. Nadie la obligó. Lo eligió ella. Y en esa elección, descubrió que el fuego quieto no era para destruirla. Era para calentar a otros.

Esa noche, acostada en el cobertizo, con el estómago medio vacío pero el corazón lleno, Alma cerró los ojos y no escuchó la voz del valle. No escuchó eres hueca. Escuchó otra voz, suave y propia, que le decía: tienes grandeza. Y la estás alcanzando paso a paso.

Fin del capítulo 8Capítulo 9 — Ferrán regresa

La tarde caía en tonos de púrpura y gris, como si el cielo se estuviera curando de una herida. Alma estaba sentada en la entrada del cobertizo, limpiando unas hierbas que había recogido, cuando escuchó el sonido: un golpe suave, como algo pesado que cae sobre hojas secas, y luego un gemido ahogado, contenido, como si quien lo soltara tuviera la fuerza para tragarlo antes de que saliera entero.

Se levantó de un salto, con el corazón dándole un vuelco. Reconocería esa voz entre mil. Corrió hacia el claro donde se habían visto por última vez, y ahí estaba.

Ferrán estaba en el suelo, arrodillado sobre la tierra húmeda, con las alas medio desplegadas, como si hubiera caído del cielo y no hubiera conseguido levantarse. Su ropa estaba rasgada, manchada de sangre oscura y de un polvo gris que parecía ceniza eterna. Las alas, antes blancas y brillantes, ahora tenían plumas rotas, manchadas de negro, y había cortes profundos que las atravesaban como cuchilladas. Al levantar la cabeza, Alma vio que su rostro estaba pálido, demacrado, pero sus ojos seguían siendo del color del cielo antes de la tormenta, y al verla, se suavizaron, como si hubiera estado esperando verla.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo él, con voz baja, ronca, como si le doliera hablar—. El fuego que llevas dentro es como una señal. No es difícil de seguir, cuando uno sabe buscarlo.

Alma corrió hacia él sin dudar, y se arrodilló a su lado, sin miedo, sin asco, con las manos temblorosas pero decididas. —Estás herido. Muy herido. ¿Quién te hizo esto? ¿El mismo que la otra vez?

—No solo él —respondió Ferrán, haciendo un esfuerzo por sonreír, aunque el gesto se le rompió en una mueca de dolor—. Hay muchos que creen que saben dónde debe estar cada cual. Muchos que creen que cuestionar es un pecado peor que odiar. Me persiguen por lo que dije, no por lo que hice. Me castigan por no aceptar que la cadena nunca se rompe.

Alma le apartó el cabello de la frente, suavemente, como si estuviera tocando algo sagrado. —¿Qué fue lo que dijiste? —preguntó, bajito, como si las palabras pudieran escucharlas los mismos que lo perseguían.

Él guardó silencio un instante, mirando sus manos, que apretaban la tierra con

fuerza, como si temiera que el suelo se le fuera a abrir debajo. —Dije que todos merecemos elegir. Que no debería haber un destino escrito antes de nacer. Que si hay grandeza, no es la que te dan, sino la que construyes. Y dije que nadie tiene derecho a decirle a otro: hasta aquí llegas, no más. Eso fue lo que llamaron rebelión. Eso fue lo que me hizo caer. Quise ser más grande de lo que me permitieron ser. Y por eso, me arrebataron todo.

Alma sintió que esas palabras le golpeaban en el pecho, como si las hubiera dicho para ella. Hasta aquí llegas, no más. Eso era lo que le habían dicho toda la vida. Tobal con su silencio, el pueblo con sus dedos señalando, la voz del valle con sus susurros de vacío: todos le ponían un límite. Todos le decían quién era y hasta dónde podía llegar.

—A mí también me lo han dicho —susurró ella, con la voz quebrada—. Que soy la hija del pecado. Que no tengo derecho a nada. Que lo que llevo dentro es maldad. Y a veces… a veces yo también lo creo. Como tú, yo también quiero ser más de lo que dicen que soy. Pero no sé cómo. Tengo miedo de que si intento subir, caiga más fuerte.

Ferrán la miró entonces, y en sus ojos no había lástima, sino reconocimiento profundo, como si estuviera viendo algo que él ya conocía de antes. —El miedo no es señal de debilidad. Es señal de que hay algo que vale la pena proteger. Y escúchame bien, Alma: caer no es fracaso. El fracaso sería quedarse abajo y aceptar que ahí es donde perteneces. Yo caí, sí. Pero no me arrepiento de lo que pensé. Me arrepiento de haber creído que la grandeza me la darían ellos. La grandeza no se recibe. Se hace. Se alcanza. Como dicen esas palabras que llevas grabadas en el alma.

Alma abrió los ojos de par en par. —¿Cómo sabes eso? ¿Cómo sabes lo que llevo grabado?

—Porque es la misma verdad que nos llamó a los dos —respondió él, con una sonrisa triste pero firme—. El Viejo del Camino me la dijo a mí, hace mucho tiempo, antes de caer. Él la vio en mí igual que la vio en ti. No es casualidad que nos encontráramos. Somos espejos el uno del otro. Dos caídos, dos que nos dijeron que no valemos, que no debemos existir, que nuestro lugar es abajo. Pero ambos llevamos fuego que no se apaga.

Alma le tomó la mano, y sintió el calor de su piel, a pesar de que estaba pálido y frío. —¿Y ahora qué hacemos? —preguntó—. Ellos siguen persiguiéndote. Siguen diciéndome quién soy. ¿Cómo luchamos contra algo que no se ve, que está en todas partes, en cada mirada, en cada palabra?

—No luchas contra ellos —dijo Ferrán, apretándole la mano con suavidad—. Luchas por ti. Luchas por la versión de ti misma que nadie ha visto todavía. No necesitas destruir lo que te odia. Solo necesitas construirte lo que amas. Y recuerda: el fuego quieto no se apaga con viento fuerte. Cuanto más soplan, más arde.

Se puso de pie con dificultad, apoyándose en el tronco de un árbol, y las alas se

plegaron lentamente a su espalda, ocultando las heridas, aunque no desaparecían. —Tengo que irme. Si me quedo, te pondrán en peligro. Ellos saben dónde estoy. Y saben que te conozco. Pero volveré. Cuando estés lista para la última elección, ahí estaré. No para salvarte. Tú no necesitas que te salven. Estaré para ver cómo te alzas.

—¿Y si no estoy lista? —preguntó Alma, con la garganta apretada—. ¿Y si me rindo?

—No te rendirás —respondió él, seguro, como si supiera algo que ella aún no sabía—. Porque ya empezaste a elegir. Y una vez que pruebas la libertad de elegirte a ti misma, ya no puedes volver a ser prisionera de lo que dicen que eres. Cuídate, Alma. Y escucha tu voz, no la de ellos. La tuya es la única que nunca te miente.

Se marchó despacio, sin mirar atrás, perdiéndose entre los árboles como la primera vez. Alma se quedó sola en el claro, con la mano todavía caliente por el contacto de la suya, y con sus palabras resonando en el pecho, claras y firmes: La grandeza no se recibe. Se hace. Se alcanza.

Caminó de vuelta al cobertizo, y por primera vez, no pensó en lo que dirían Tobal, ni el pueblo, ni la voz del valle. Pensó en ella. En la grandeza que estaba empezando a alcanzar, paso a paso, aunque nadie la viera. Y cuando se acostó esa noche, cerró los ojos y no sintió miedo. Sintió hambre. Hambre de ser ella misma. Hambre de ese fuego que quieto, lento, pero seguro, empezaba a iluminarlo todo.

Fin del capítulo 9Capítulo 10 — El pozo sin fondo

El invierno llegó con hielos que cubrían el camino y un frío que se calaba en los huesos, y con él, la hostilidad del pueblo se endureció como la tierra. Nadie hablaba con Alma, pero todos la miraban. Susurraban cuando pasaba, señalaban las marcas que aún brillaban débilmente en su piel, y culparon de todo mal que ocurría a la hija del pecado: si enfermaba un niño, si se secaba un pozo, si una tormenta dañaba las cosechas, la culpa era suya. Tobal, cada vez más amargado y temeroso, no tardó en llevar su odio más allá del silencio.

Una tarde, cuando Alma regresaba del bosque con un manojo de ramas secas, lo encontró esperándola en la entrada del cobertizo. Tenía la cara roja de rabia, los puños cerrados, y en los ojos no había solo odio, sino un miedo ciego y antiguo.

—Basta —dijo él, con voz quebrada por la furia—. No te quiero más cerca de esta casa. Eres una plaga. Desde que naciste, nada ha sido bien. Te llevas la suerte, enfermas a los niños, traes tormentas y fuego. ¡Vete! No vuelvas a aparecerte por aquí.

—No hago nada de eso —respondió Alma, con calma, aunque el corazón le latía desbocado—. Solo existo. ¿Es mi culpa que no me quieran?

—¡Tu existencia es el pecado! —gritó él, y la empujó con fuerza. Alma cayó hacia atrás, golpeándose la espalda contra la pared de madera—. ¡Lárgate antes de que

te arrastre yo mismo al pozo viejo y te deje ahí para que te ahogues en tu propia maldad! ¡Eso es lo que mereces!

Alma se levantó despacio, sacudiéndose la tierra, sin gritar, sin llorar. Lo miró a los ojos, y por un instante, él retrocedió, como si viera algo en ella que lo superaba. —No tienes poder sobre mí, Tobal. Ni sobre mi nombre, ni sobre mi vida. Lo que hiciste fue tuyo, no mío. Y lo que yo llegue a ser, será por mí, no por lo que tú me digas.

—¡Maldita seas! —bramó él, y le lanzó una piedra que le rozó la sien, dejando un rastro rojo en su piel—. ¡Ojalá nunca hubieras nacido!

Alma se marchó. No corrió. Caminó alejándose de la casa, del pueblo, de todo lo que la había herido desde que abrió los ojos. No sabía hacia dónde iba. Solo sabía que ya no podía quedarse. Y sin darse cuenta, sus pasos la llevaron hacia el lugar que siempre la llamaba: el viejo pozo abandonado, en lo más hondo del barranco, rodeado de árboles torcidos y de un silencio tan denso que parecía pesado.

Se acercó al borde. El pozo era inmenso, circular, tallado en piedra oscura, y bajaba tan profundo que el fondo no se veía, solo una oscuridad absoluta que tragaba la luz. Y ahí, en el borde, escuchó la voz. No vino de arriba, ni de afuera. Salió de la piedra, del aire, de lo más profundo de su propia mente: la voz que conocía mejor que la suya, suave, familiar, sin rabia, sin gritos, solo una calma que prometía el fin de todo dolor.

—Por fin llegaste —dijo la Voz del Pozo, dulce como la miel y fría como la escarcha—. Te estaba esperando. Ya es hora de que descanses.

Alma se arrodilló en el borde, mirando hacia abajo, hacia la nada negra que la atraía con una fuerza casi física. —¿Descansar? —susurró—. ¿Dejar de ser yo?

—Exactamente —respondió la Voz, y sonaba comprensiva, como si la entendiera mejor que nadie—. Deja de cargar con lo que no es tuyo. Deja de escuchar los gritos, deja de sentir el frío, deja de luchar contra todos y contra ti misma. Aquí abajo no hay nombres. No hay pecados. No hay miradas que juzguen. Solo hay silencio. Solo hay olvido. Nadie te llamará desgraciada nunca más. Nadie te dirá que no debes existir. Ya no tendrás que sentir nada. Nunca más.

Las palabras cayeron sobre ella como agua tibia. Sonaban tan bien… tan justas… tan merecidas. ¿Para qué seguir? ¿Para qué luchar si el mundo entero parecía querer que desapareciera? ¿Qué tenía que ganar, si al final siempre terminaba sola, herida, odiada por los que debían amarla?

—Dime —susurró Alma, mirando cómo la oscuridad parecía abrirse para recibirla—. ¿Duele dejar de ser?

—No —respondió la Voz, ahora más cerca, casi acariciándole la sien—. Es como soltar un peso que llevas toda la vida. Cierras los ojos, y ya no estás. Y ya no hay dolor. Ya no hay culpa. Ya no hay nada. Solo paz. Ven, Alma. Deja que te lleve. Nadie te va a extrañar. Nadie te va a llorar. Pero yo… yo siempre te esperé. Yo sí te

quiero aquí conmigo.

Alma se inclinó hacia adelante. El borde de la piedra le cortó las rodillas, pero no lo sintió. El vacío la llamaba, la atraía, y por un momento le pareció la cosa más hermosa del mundo: dejar de ser Alma, dejar de ser la hija del pecado, dejar de ser la desgraciada. Ser nada. Ser nadie. Ser libre al fin, libre de todo, incluso de sí misma.

Puso las manos en el borde, y estaba a punto de dejarse caer, de soltarse, de dejar que la oscuridad la tomara… cuando algo en su interior se detuvo. Un recuerdo, pequeño pero encendido como una brasa: el Viejo del Camino partiendo el pan sin mirarla con asco. Ferrán diciéndole que la grandeza se alcanza. La mujer vieja mordiendo el pan que ella le había dado. Y una frase, lenta y firme, que resonó en su mente con tanta fuerza que ahogó la voz del pozo: El que alaba, alaba la grandeza que alcanza.

Alma se quedó inmóvil, con el corazón golpeándole contra el pecho como un pájaro queriendo salir. —No —susurró, y la palabra salió débil al principio, luego más fuerte, hasta que llenó el barranco—. No es paz lo que ofreces. Es rendición. Es huida.

La Voz cambió entonces. Dejó de ser suave. Se volvió afilada, impaciente, pero aún tentadora. —¿Y qué más tienes? ¿Dolor? ¿Soledad? ¿Una madre que no te defiende y un hombre que te odia? ¿Un pueblo que te desea muerta? ¿Eso es lo que eliges? ¿Eso prefieres?

—Elijo algo mejor —dijo Alma, y al decirlo, se apartó del borde, tambaleándose, pero sin caer—. Elijo descubrir quién soy realmente, más allá de lo que ellos dicen. Elijo luchar aunque tenga miedo. Elijo ser yo, aunque duela. Porque si dejo de existir, entonces sí habrán ganado. Si me rindo, entonces sí todo fue en vano. Y no voy a darles ese gusto. No voy a darte ese gusto.

La Voz rugió entonces, un sonido profundo, lleno de rabia fría, que subió desde las entrañas de la tierra. —¡Volverás! ¡Siempre vuelven! ¡Cuando el dolor sea demasiado grande, cuando estés sola y nadie te quiera, volverás a buscarme! ¡Te esperaré, Alma! ¡Siempre te esperaré!

Alma dio un paso atrás, alejándose del borde, con las manos temblando, con el cuerpo entero sacudido por un temblor que no era de frío. —No vendré —dijo, firme, mirando hacia abajo, hacia la oscuridad—. Ya no soy la niña que dejaste asustada. Soy más grande que el miedo que me diste. Y si alguna vez vuelvo, será para cerrarte, no para caer en ti.

Se giró y se marchó del pozo, sin mirar atrás, con la respiración entrecortada, con las piernas débiles, pero con algo nuevo en el pecho: una certeza que no se podía apagar. Había estado a un paso de desaparecer, y había elegido quedarse. No por ellos. Por ella. Por la grandeza que estaba empezando a alcanzar.

Esa noche durmió bajo las estrellas, lejos del cobertizo, lejos de todo. Y mientras cerraba los ojos, no escuchó la Voz del Pozo. Escuchó su propia voz, clara y

tranquila, diciéndose a sí misma: Estás viva. Y eso es suficiente para empezar.

Fin del capítulo 10Capítulo 11 — La grandeza que alcanza

La mañana siguiente amaneció limpia y serena, como si el cielo mismo hubiera lavado la pesadez del invierno. Alma despertó bajo un grupo de pinos, con el cuerpo entumecido por el frío, pero con la mente clara, más clara que nunca. No sabía hacia dónde ir, ni qué iba a hacer, pero por primera vez en su vida, no tenía miedo de no saberlo. Se levantó, se sacudió la paja y la tierra, y miró hacia el pueblo, no con odio, ni con rencor, sino con una calma nueva, profunda, la calma de quien ya no necesita que lo validen para existir.

Caminó despacio, sin prisa, sin esconderse. Cuando llegó al camino principal, la gente se detuvo al verla. Esperaban que bajara la cabeza, que se apartara, que se hiciera pequeña como siempre. Pero Alma no se apartó. Caminó derecho, con la frente alta, mirando a cada persona a los ojos, sin desafío, sin ira, simplemente presente. Y ante esa mirada limpia y firme, muchos bajaron la vista, como si de repente se dieran cuenta de que ella ya no llevaba el peso de sus culpas.

Llegó a la casa, la casa donde había nacido y donde nunca fue bienvenida. Se detuvo en el umbral. No llamó. No gritó. Solo esperó. Renata salió primero, con las manos juntas apretadas contra el pecho, los ojos llenos de lágrimas y de temor. Al verla, dio un paso hacia ella y luego se detuvo, como si temiera que fuera un sueño que se rompería si se acercaba demasiado.

—Alma —susurró, con la voz quebrada—. Creí que te habías ido… que ya no volverías.

—Volví —dijo ella, suave pero firme—. No por ellos. Por mí. Necesito que hablemos, mamá. De frente. Sin escondernos. Sin callarnos.

Renata asintió, temblando, y entró. Alma la siguió. Tobal estaba en la cocina, de espaldas, de pie junto a la mesa, con los puños cerrados sobre la madera. Cuando ella entró, se giró bruscamente, con la cara endurecida, listo para gritar, para echarla, para maldecirla. Pero las palabras murieron en su garganta. Algo en ella había cambiado. Ya no era la niña asustada que bajaba la cabeza. Ya no era la carga que soportaba con vergüenza. Esa Alma que estaba frente a él lo miraba sin miedo, sin rencor, y esa serenidad lo desarmó más que cualquier golpe.

—Vengo a decirte algo, y luego me iré —dijo ella, con voz tranquila, sin alzarla—. No vine para pelear. No vine para reclamar lo que nunca me diste. Vine para que sepas que ya no soy la hija del pecado que tanto odias. Soy Alma. Solo Alma. Y lo que soy, no lo decidiste tú, ni lo decidió el pueblo. Lo decidí yo.

Tobal abrió la boca para responder, pero ella levantó una mano suavemente, y él se calló, como si algo más fuerte que su propia voluntad lo obligara a escuchar.

—Me odiaste toda mi vida —continuó ella—. Me viste como una mancha, como una deuda que tenías que pagar. Y durante mucho tiempo, yo también lo creí. Me creí mala, vacía, indigna. Pero aprendí algo que tú nunca supiste: que el nombre

que te ponen los demás no es el que llevas dentro. Ese lo eliges tú. Y yo elijo ser buena, aunque nadie me lo haya dado. Elijo ser fuerte, aunque todo me faltó. Elijo existir, aunque tú nunca quisiste que existiera.

Se giró hacia Renata, y su voz se suavizó, se llenó de ternura y de tristeza a la vez. —Tú, mamá… te entiendo. Tuviste miedo. Estabas atrapada entre tu culpa y su ira. Pero el amor que no se atreve a proteger no es amor. Es miedo. Y yo no puedo seguir cargando con tu vergüenza. No es mía. Es tuya. Y ahora te la dejo. Para que hagas con ella lo que puedas. Para que algún día tengas el valor de decir lo que callaste.

Renata rompió a llorar, sollozos profundos, que salían de lo más hondo, como si estuviera rompiendo un silencio de años. —Perdóname, hija… perdóname… tuve miedo… siempre tuve miedo…

—Te perdono —dijo Alma, con dulzura—. Pero el perdón no significa que vuelva a ser tu prisionera. Significa que ya no me duele. Que ya no me pesa. Y eso es todo lo que puedo darte.

Miró a ambos, por última vez, sin odio, sin lástima, con una claridad que parecía iluminar la habitación. —Recuerden esto: el que alaba, alaba la grandeza que alcanza. No la que le dieron. No la que le prometieron. La que alcanza. Yo alcancé la mía. Y ya nadie me la puede quitar.

Se giró y salió de la casa. Nadie la llamó. Nadie la detuvo. Caminó por el camino, dejando atrás la casa, el pueblo, la vida que le habían impuesto, no con rabia, sino con la paz de quien por fin ha encontrado su lugar en el mundo. No sabía qué le esperaba. No sabía si encontraría a Ferrán, si volvería a ver al Viejo del Camino, si algún día tendría un lugar donde ser bienvenida. Pero no importaba. Porque llevaba consigo algo que nadie podía quitarle: la certeza de quién era. El fuego quieto que ya no la quemaba, sino que la guiaba.

Al llegar al cruce de caminos, donde el bosque se abría hacia tierras lejanas y desconocidas, se detuvo un instante. Respiró hondo, el aire fresco y limpio de la mañana, y sonrió, una sonrisa completa, libre, por primera vez sin sombras. Dio un paso hacia adelante, hacia lo nuevo, hacia lo suyo, y siguió caminando, sin mirar atrás, sabiendo que dondequiera que fuera, ella era suficiente. Que el fuego que llevaba dentro no era una maldición. Era su luz. Y ya estaba encendida para siempre.

Fin del capítulo 11Capítulo 12 — El fuego que ya no se apaga

Pasaron los meses, y con ellos, las estaciones se turnaron sobre los campos, pero Alma ya no medía el tiempo por el frío ni por la lluvia. Lo medía por el crecimiento dentro de sí: por cada vez que miraba hacia atrás y no sentía rencor, por cada vez que alguien la miraba y no veía una mancha, sino una mujer. No volvió al pueblo, pero tampoco huyó de él. Se estableció en un claro del bosque, lejos de todo, donde construyó una pequeña cabaña con sus propias manos, y donde el silencio ya no era un castigo, sino una compañía.

Una tarde de primavera, cuando las flores cubrían el suelo y el aire olía a renovación, escuchó pasos en el camino. Se levantó de donde estaba, con el corazón tranquilo, sin miedo, sin sorpresa, como si hubiera estado esperando ese momento sin saberlo. Y ahí estaban.

El Viejo del Camino caminaba despacio, con su capa descolorida y su sombrero caído, pero sus ojos claros brillaban con una luz que no era de este mundo. A su lado, Ferrán, con las alas ya sanas, blancas y fuertes de nuevo, sin rastro de las heridas, y en su rostro una sonrisa de reconocimiento profundo, como quien ve florecer una semilla que plantó hace mucho tiempo.

Alma no corrió hacia ellos. No lloró. Solo se quedó de pie, firme, con el pecho lleno de una calma inmensa. —Sabía que volverían —dijo, suavemente—. No sabía cuándo, pero sabía.

—Volvemos porque tú ya estás lista —respondió el Viejo, y su voz ya no sonó como la de un mendigo, sino como la de quien ha visto nacer y morir mundos—. No porque te necesites a nosotras. Sino porque tú ya te necesitas a ti misma. Y eso era todo lo que faltaba.

Ferrán dio un paso hacia ella, y en sus ojos no había lástima ni protección, sino igualdad. —Lo lograste. Sin alas, sin poderes, sin nadie que te diera nada. Lo lograste tú sola. Eso es lo que nadie te dijo nunca: que la grandeza no se recibe. Se construye. Y la tuya es más grande que la de cualquiera de nosotros.

Alma miró sus manos, las que antes temblaban, las que llevaban marcas de fuego que ahora casi no se veían, solo brillaban tenuemente, como un rescoldo que nunca se apaga. —No hice nada extraordinario —dijo—. Solo dejé de creer lo que me dijeron de mí. Y empecé a creer lo que yo sabía.

—Eso es lo más extraordinario que existe —dijo el Viejo—. El mundo entero te dice quién eres, y tú eliges ser otra. Eso es magia más poderosa que cualquier milagro. Eso es el fuego que llevas dentro: no destruye, no quema, ilumina. Y ahora, ese fuego no es solo para ti.

Alma miró hacia el horizonte, hacia donde quedaba el pueblo, y pensó en Renata, en Tobal, en los niños que le tiraban piedras, en la mujer vieja que compartió su pan. No sentía odio. No sentía venganza. Sentía algo más grande: comprensión. Ellos no pudieron verla porque no se atrevían a verse a sí mismos. Pero ella sí. Y eso era suficiente.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó, mirándolos a los dos—. ¿Me voy con ustedes? ¿Me convierto en algo más?

—Eso lo decides tú —respondió Ferrán—. Nadie te obliga. Nadie te dice qué ser. Ya eres libre de verdad. Puedes quedarte aquí, puedes viajar, puedes volver al pueblo, puedes irte lejos. Dondequiera que vayas, llevas tu luz. Y eso es todo lo que necesitas.

El Viejo se acercó, y por primera vez, le tomó la mano con respeto, como a un

igual. —Recuérdalo siempre: el que alaba, alaba la grandeza que alcanza. Tú la alcanzaste. Nadie te la dio. Nadie te la puede quitar. Y ahora, cuando alguien te diga quién eres, tú solo sonríe y sigue tu camino. Porque ya sabes la verdad que ellos todavía no han encontrado.

Se marcharon entonces, sin despedidas largas, sin promesas, porque no hacían falta. Alma se quedó sola en su claro, bajo el sol que empezaba a bajar, tiñendo todo de oro y fuego. Se sentó en la hierba, y por un momento, cerró los ojos y escuchó: no había voces que la llamaran hacia abajo, no había susurros de vacío, no había amenazas. Solo el viento, los pájaros, y el latido de su propio corazón, fuerte y tranquilo, diciéndole: estás aquí. Eres tú. Y eso es suficiente.

Abrió los ojos y miró sus manos. Las marcas brillaron una última vez, intensas y cálidas, y luego se desvanecieron por completo, como si su piel ya no necesitara recordar el fuego, porque lo llevaba dentro, en el alma, encendido para siempre.

Sonrió, y esa sonrisa iluminó todo su rostro, sin sombras, sin culpas, sin miedos. Se levantó, recogió un puñado de flores silvestres, y se puso de pie, mirando hacia el camino que se abría ante ella, infinito y lleno de luz. No sabía qué le esperaba. No necesitaba saberlo. Porque ya no era la niña que esperaba que el mundo le diera un nombre. Era la mujer que se lo había dado a sí misma.

Y así, con el fuego quieto en el pecho y la frente alta, Alma dio el primer paso hacia su vida, la vida que nadie le había escrito, la vida que ella misma había encendido, y supo, con una certeza absoluta y serena, que nada ni nadie podría apagarla jamás.

Fin del capítulo 12